

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

INFIERNO

Abrió la puerta de entrada de la casa con el peso de su cuerpo, y se entregó a la densidad del aire rancio reinante en el interior.

Y allí dentro, su mirada primitiva se paseó por el resplandor de siempre.

- Mierda. – dijo, cerrando la puerta.

Dio media vuelta, un tumbo, y avanzó hasta apoyarse en el respaldo de la silla. Allí contuvo el poco equilibrio hasta que todo deje de girar.

Se llamaba Raúl, y estaba completamente borracho, tan borracho como casi todas las últimas noches de los últimos seis años.

Los motivos del alcohol eran muchos, variados, pero con uno predominante, aunque ya nebuloso, sumergido en lo que el vicio con el que le escapaba.

La bebida había pasado a ocupar todo el placer que en su momento pudo tener o esperar del amor, la familia, el trabajo, el entretenimiento, la vida.

Sólo “alcohol = placer”.

Una burbuja de aire subió por su esófago, y salió al exterior como un sonido ahogado por la misma boca.

- Llegaste? – preguntó la voz de su mujer, desde el roto sillón apuntando a una televisión tan apagada como muerta.

- Limpiaste? – fue el saludo del hombre, avanzando lentamente a ella, con aquellos pasos torpes, poseídos.

- No tuve tiempo.

- Ya veo.

Los ojos de Yamila se enfrentaron a los de su esposo.

- Estás drogada? – indagó, sabiendo la verdad a través de ese rostro pálido y de ojos licuados, los cuales una vez habían pertenecido a los una bella joven.

- Es perfecto. – explicó ella, poniéndose de pie, con un osito de peluche al que había estado sobando todo el día. – Los colores que irradia son perfectos. – y expuso su muñequito.

- Es marrón mierda... No hay nada de colores en ese oso, salvo marrón mierda.

Y Raúl avanzó, la esquivó, y llegó a la heladera plagada de imanes publicitarios.

Cuando abrió la puerta, se encontró con la cena: un tomate avejentado por el frío, y un paquete de seis latas de cerveza.

- Mierda. Si no como nada, me muero.

- Luis trajo unos chocolates. – dijo ella levantándose para dirigirse a tomar asiento a la mesa de fórmica de la pequeña cocina.

- Volvió ese hijo de puta? – preguntó Raúl, frío e indignado. Aunque lo importante en ese momento era poder destapar alguna de las latas con sus pobres uñas carcomidas.

Fsss.

Llegó a la silla, se sentó, y tras el primer trago, la observó.

- Se fue?

- Está en la pieza viendo el empapelado. Hay buenos colores en el empapelado.

- Otra vez comieron esos hongos de mierda?

- Tenés que probarlos! – dijo festejando como una adicta embobada.

- No voy a probar nada que tenga que ver con ese hijo de puta.

Un silencio.

Alrededor de ellos, la mugre y el desorden: las paredes devoradas por una incansable humedad, las colillas rebalsando ceniceros y regadas por el piso, los platos sucios, las botellas y las latas vacías, algunas moscas, y aquella maldita cucaracha muerta en el centro del comedor.

- Es gracioso: mientras ustedes ven colores, yo veo todo como la mierda misma.

- Es el alcohol, Raúl. Distorsiona las cosas... las hace más tristes y melancólicas.

- Todo esto es triste, Yamila. Demasiado triste.

Bebió un sorbo, y se palpó los bolsillos en búsqueda de tabaco. Sólo encontró un encendedor, distinto al que había llevado al bar al principio de la noche.

- Hay algunas cigarrillos en el piso. Luis no los fuma enteros... Si tenés suerte, podés hacerte de un atado.

Raúl no dijo nada. Tan sólo escuchó, asimiló, e hizo caso a las palabras de su mujer. Al fin y al cabo, lo que importaba era el tabaco. Y fue así que se lanzó al piso, para arrastrarse como un perro, entre tierra, pelos, mugre y pelusas, y poder recolectar todos las colillas aún fumables que guardaría en un atado vacío.

- Jajaaah! – rió su mujer a carcajadas. – Sos el mejor sabueso de colillas de todo Tammerlane! – y acarició el peluche con más pasión.

Cuando Raúl concluyó con la tarea, se puso de pie seriamente, tratando de mostrarse lo más erguido posible. Pero no pudo aguantar la sensación que le quedó del día...

- Hoy, en la calle, vi una mujer hermosa. Realmente hermosa. Pasé caminando junto a ella y me cruzó la mirada. Si bien supe que podía ser mía, porque sus ojos me dijeron, tuve vergüenza de mí mismo y no hice nada.

- Fue lo más apropiado. – cortó con un filoso acero invisible la burlona voz de Yamila. – A nadie le gustaría respirar el aliento de un borracho desconocido, que quiere hacerse el amigo.

- ... Y se convirtió en un fantasma. – retomó el relator, con los ojos perdidos en su cuento, tratando de no ahogarse en las heridas. – Esa chica

perfecta, hermosa, ideal, se convirtió en un fantasma. Y se la llevó como todo lo que esta puta miseria se lleva.

Volvió a tomar asiento, y encendió una de las colillas.

- Qué vamos a hacer con toda esta basura? – retomó en su destrozado trono, mirando el paisaje de hogar.

- Limpiar.

Raúl giró pausadamente la cabeza, como lo había hecho desde siempre. Se tomó un respiro, una pitada, un trago, y un respiro.

- No me refiero a la mugre. Me refiero a esta vida de mierda.

- Quién quiere vivir de otra forma?... Acaso podemos vivir de otra forma, “amor”? – aplicó con ese maldito acento irónico enfundado en un lenguaje baboso, propio de las drogas. – No hay salida, Luis. Lo dice tu panza rellena en el bar, tu cerebro, mi cerebro, y el cerebro del tipo que está metido en la pieza.

- Lo odio. – bufó. – Desde que él apareció, esto se vino abajo.

- Desde que ella murió. – sentenció Yamila.

Raúl se puso de pie con cierto ímpetu, un ímpetu que lo llevó a la heladera, para evadirse en el maravilloso sonido de una nueva lata.

FSSS!

Dio un trago y se volteó a la ventana que daba a ningún lado del exterior de Tammerlane.

- No vuelvas a nombrarla.

- No la nombré.

- Ni siquiera la menciones.

- Pero, es verdad.

- Teníamos un pacto: olvidarla nos iba a seguir dando la oportunidad...

Paradójicamente, no había ninguna oportunidad, ningunas chance, ninguna posibilidad de escapar del dolor, de esa angustia que recubría los huesos de ambos: la muerte de Micaela.

Y ahora, en ese presente destrozado desde todos los ángulos, ellos tan sólo avanzaban simulando olvidar, jamás digiriendo el accidente que quitó a su pequeña hija de sus vidas. Por suerte estaban el alcohol, las drogas y todo lo que cause placer virtual.

- Hahh! – suspiró Raúl - Esta cerveza es perfecta! No hay nada mejor que una cerveza bien fresca a esta hora de la mañana. Me despabila.

Volvió a levantarse de la silla a la que había regresado a descansar sus hinchados pies, panza y joroba del alma, para arrastrar todo eso al centro del comedor.

Se paró sobre la cucaracha muerta de hacía días, y dijo:

- Necesito amor. Necesito una sonrisa.

- Por veinte pesos te lo dan en cualquier burdel de Tammerlane. Y si ponés diez más, te dan el culo.

Y Yamila estalló en mil carcajadas, carcajadas morbosas, ponzoñosas como el dolor que la crucificaba.

La cara de su marido rotó en colores, y clavó aquellos ojos negros, contenidos y furiosos, en los de ella.

Sin embargo, recitó con paz:

- No es a lo que me refiero. – y se acercó lentamente a ella, con cierto desprecio aunque con cierta seducción, con cierto odio y una maldita angustia desesperante. – Quisiera tener lo que tuve cuando éramos normales...

- Qué es normal y lo anormal? Todo Tammerlane está loco.

- Nosotros “somos” esos “locos”. Los miserables y decadentes, los podridos de mierda. Somos lo peor entre los peores, lo que la gente esquiva, los que olemos mal. Somos dos miserables fundidos, adictos, dementes, deplorables, destructivos y horriblemente locos... – Llegó a las narices de ella. – Estamos tan locos, que ni siquiera podemos llorar por ello.

Le besó los labios, esos labios estáticos, tal como sus ojos.

Segundos después, la euforia los llevó a arrancarse las ropas, y corretear sus cuerpos con manos y dedos. Cayeron, rodaron, se levantaron. Llegaron al cuarto, y se lanzaron a la cama matrimonial, donde a un lado, plácidamente dormía el invitado de Yamila.

Y allí hicieron aquello que no se llamaba amor.

Y si bien hubo besos, caricias, abrazos, sexo,... por más que lo intentaron, jamás lo lograron, jamás pudieron sentir algo, nada de nada; tan sólo compartieron una vez más esa grandiosa miseria que arrastraban diariamente, rutinariamente.

Finalmente, todo acabó una vez más, y cuando cada uno encendió un cigarrillo, se encontraron con aquella casa destrozada y los ojos del otro. Justamente en ellos se reflejaban las llamas de un infierno abrazante, donde lo único que habitaba era un placer tan irreal como sus respectivas existencias.

FIN